



CARTAGENA DE INDIAS
UNA NOVELA DE LA REAL ARMADA
ESPAÑOLA DEL SIGLO XVIII

José Antonio Devesa

CARTAGENA DE INDIAS
UNA NOVELA DE LA REAL ARMADA
ESPAÑOLA DEL SIGLO XVIII



Primera edición: octubre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio Devesa

ISBN: 978-84-18958-08-3

ISBN digital: 978-84-18958-09-0

Depósito legal: M-26051-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi esposa, Brígida, con todo mi amor; a mi hermano,
Joaquín, que es el primero de mis lectores, y, por supuesto,
a mis padres.*

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

LA OREJA DE JENKINS

1

Abril de 1731

En el onceavo día de navegación la corbeta Isabela, de la Real Armada, remontaba la entrada del ancho canal natural que se forma entre la costa norte de la isla de Cuba con el sur de la península de La Florida. En esta ocasión la derrota prevista la había llevado a recorrer toda la costa sur cubana, partiendo del puerto de Santiago, y la llevaría hasta el de San Agustín, ya en la tierra continental al norte de la península de la Florida, junto al río Matanzas. En aquellas horas cercanas al mediodía la corbeta se mantenía a una distancia de la costa que hacía visible aún por la aleta de estribor las edificaciones más altas de la ciudad de La Habana. El sol, que lucía con brío, había disipado horas atrás los restos de la bruma del amanecer. El calor húmedo, omnipresente en aquellas latitudes, empapaba por igual a hombres y aparejos, desde las ciento ochenta y cinco almas de la tripulación hasta el último extremo de la arboladura del velero.

Con aparejo de navío, compuesto por tres palos y bauprés, la corbeta navegaba con las mayores y las gavias desplegadas, además

del foque y la cebadera en el bauprés. El viento, que soplaba del suroeste, y la ayuda de la corriente del golfo impulsaban sin dificultad las trescientas toneladas de la Isabela a siete nudos sobre las claras aguas caribeñas. Armada con veinte cañones formados en una sola batería, la mitad de ellos de ocho libras francesas, cuatro de a seis y seis de a cuatro, la Isabela era el tipo de buque que la Real Armada empleaba en la persecución del contrabando en aquellas aguas, apropiado para la navegación de cabotaje y la vigilancia de costas, ensenadas, bahías y desembocaduras, pero también con la autonomía y la capacidad suficiente para adentrarse en el océano.

En la toldilla, a popa del navío, el joven guardiamarina de dieciocho años don Diego García Hamilton hacía su guardia bajo la atenta mirada de su capitán, vestido con la corrección apropiada, pese al calor: tricornio rígido de fieltro negro y alas bajas con escarapela roja en el lado izquierdo, casaca azul oscuro de vicuña, larga y cerrada sobre chaleco rojo con botones dorados, calzones del mismo color que la casaca, ajustados a la cintura y cerrados con botones por debajo de las rodillas, medias rojas y zapatos de charol con hebilla de plata en el empeine.

El joven tenía ordenado vigilar las maniobras de la brigada de estribor de popa sobre el aparejo y otear el horizonte con su catalejo por la banda de estribor. Era alto y corpulento, de anchas espaldas y brazos fuertes, aunque con facciones redondeadas y nariz roma. Frente ancha y cabellera rubicunda natural, recogida con coleta —era demasiado joven para usar peluca—. Había heredado la piel muy blanca y pecosa, y una fría expresión intimidante en sus ojos azules, de su madre inglesa. Además de su pelo rubio con tintes rojizos. El carácter flemático y tranquilo, su parte más amable, procedía de su padre español.

Diego era de los pocos guardiamarinas de su curso que no procedía de las clases aristocráticas o hidalgas de las que procedía el noventa por ciento de los oficiales. Su padre, rico comerciante y marinero gaditano, cuya fortuna procedía en parte de su participación en el comercio de la *Carrera de Indias*, y en parte de la herencia

del abuelo paterno de Diego, había sabido beneficiarse de la decisión de su majestad Felipe V de trasladar la Casa de Contratación y el Consulado de Sevilla a Cádiz en el año diecisiete, ciudad a la que, desde tiempos insondables, pertenecía su familia y donde había nacido él, duplicando en pocos años la fortuna familiar.

Cádiz había relevado así a Sevilla como punto de partida y regreso obligado de las flotas que solían salir de España una o dos veces al año, y que en su viaje de ida trasportaban manufacturas extranjeras (telas holandesas, francesas e italianas), además de productos alimenticios andaluces apreciados al otro lado del Atlántico como el vino, el aceite y los frutos secos. Así como emigrantes en busca de fortuna, militares y funcionarios reales con destino en Indias. Transportando en su viaje de vuelta además de la plata y el oro de los particulares que habían hecho fortuna y del correspondiente quinto real, el tabaco, las patatas, el cacao, el azúcar, el maíz y las pieles que, cada vez más, se consumían en Europa.

El padre de Diego, don Fabián García González, era, pues, hombre rico y respetado en el gremio del comercio de su ciudad, pero su linaje hubo de ser reforzado con cartas de recomendación para permitir a su hijo ingresar en la academia de los guardiamarinas, donde se exigía prueba de hidalguía por los cuatro costados... o abuelos. Afortunadamente, la bolsa de su progenitor podía permitirse tales dispendios. En cuanto a los apellidos de Elizabeth Hamilton, madre de Diego, por ser extranjera, se le concedió el beneficio de la duda en cuanto a su origen noble. Si bien Diego sospechaba que la bolsa de su padre también tuvo que ver en esto.

Diego había aprendido el oficio embarcándose desde los nueve años con su padre, veterano navegante, en sus frecuentes expediciones comerciales por la costa oeste de África, Azores, Madeira y Canarias. Con él aprendió a pilotar las naves y a dominar la ciencia de ese oficio, de manera que con doce años era capaz de dirigir la derrota hasta su feliz arribo a puerto.

Más tarde, llevado por una extraña vocación por el servicio a la patria que no tenía antecedentes en la familia García, Diego se

decantó por el servicio al rey. Su padre, al comprobar que no servía de nada intentar desanimarle, accedió a ayudarlo a iniciar su carrera, pensando que, en un futuro, la experiencia obtenida en la prestigiosa Real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz podría servirle para continuar con el negocio paterno cuando se aburriese de la dureza de la vida militar. Además, como dicha institución estaba situada en el barrio del Pópulo, en la misma ciudad, podría seguir supervisando sus pasos. Fabián pensó que pese al peligro que el servicio conlleva para su primogénito, la vida del marino mercante tampoco estaba exenta de ellos y solo quedaba, como en cualquiera de los oficios de la mar, encomendarse a Dios y tener fortuna. Así que, con los trece años cumplidos, el joven Hamilton, como le llamarían sus compañeros y profesores, entró por las puertas de la academia.

Diego no necesitó muchos meses para superar las principales asignaturas. Tenía amplios conocimientos en navegación, cosmología, geografía y trigonometría transmitidos por el hábil marino que era su padre. Así que en cuanto adquirió las nociones necesarias de aritmética, artillería, fortificaciones, construcción naval y esgrima fue destinado al servicio.

Ahora, en su puesto de la corbeta, el joven vigilaba el horizonte a proa. Apoyando el pie derecho en la cureña de un cañón y clavando el codo sobre la rodilla, sostenía el catalejo frente a su cara disfrutando de tener el mejor instrumento óptico a bordo, último presente de su familia al embarcarse en Cádiz. Un repentino brote de suave brisa fresca le erizó los pelos de la nuca mientras notaba cómo el sudor, acumulado en su cabeza bajo el sombrero, le bajaba por el cuello hacia la espalda empapando su camisa. Llevaba desde el amanecer escrudiñando a estribor y a proa sin novedad mientras otro guardiamarina lo hacía por el lado de babor y popa. Estaba cayendo preso del aburrimiento cuando lo que vislumbró con su instrumento óptico hizo a su corazón aumentar los latidos. En principio no eran más que unas velas en el horizonte apenas distinguibles a pesar de la claridad del día. Pero el hecho de que parecía navegar de tierra a mar saliendo de alguna pequeña ensenada unas millas al este de la ciudad de La Habana y de su puerto, ponía en

sospecha su actividad, ya que, a fin de cuentas, la Isabela estaba allí para perseguir el contrabando de mercancías.

—¡Mi capitán!... em... ¡Don Juan! —dijo el joven guardiamarina dirigiéndose a su jefe sin dejar de enfocar el catalejo.—. ¿Puede vuestra merced servirse de ver lo mismo que yo? —preguntó ofreciéndole el instrumento completamente desplegado—. Mire a proa directamente a través del combés. ¡Velas en el horizonte!

Don Juan de León Fandiño, capitán de mar y de guerra en la Isabela, arrugó el ceño mientras se hacía con el catalejo de Diego y lo apuntaba en la dirección que él le indicaba. El sol estaba llegando a su zenit y la fuerza de su claridad obligaba a entornar los ojos sobre cubierta. El capitán no era un hombre bajo, pese a que el guardiamarina le sacaba más de una cabeza. Cercano a la cuarentena, ojos pardos, tez morena y angulosa, curtido por el sol y el mar, pero todavía fuerte y con el genio severo, típico de un superviviente durante años a los riesgos de su oficio, Fandiño era un hombre de pocas palabras, con el carácter necesario para conllevar la soledad del mando —el oficio obligaba y él era hombre acostumbrado a la lucha contra la piratería, el mando de bajeles, las noches de insomnio, los días de frío o de calor, la mala comida y el inevitable hacinamiento en el universo reducido de un barco, donde su capitán, para todo, era la máxima autoridad—. Vestía parecido uniforme al de Diego, con charreteras en ambos hombros de la casaca azul, aunque sus calzones eran blancos, como sus medias, y su tricornio llevaba un galón dorado ribeteado en su borde.

—Ya lo veo —dijo el capitán—. Un poco tarde para salir a la mar con mercancías de contrabando. Estas cosas se hacen de noche —apuntó—. Pero puede ser que algún contratiempo le haya hecho demorarse.

—Sí, mi capitán —dijo Diego expectante, esperando el torrente de órdenes que se producirían a continuación.

—Hamilton, vaya a despertar al primer oficial, que estuvo de guardia hasta el amanecer. Póngale al corriente y pídale que suba inmediatamente a ocupar su puesto en cubierta.

Mientras bajaba la escalerilla del alcázar y se encaminaba a los camarotes de la oficialidad en busca de don Miguel Chacón, teniente de mar y de guerra, Diego pudo oír cómo el capitán ordenaba el zafarrancho de combate. La campana y el tamborilero de la corbeta comenzaron a apremiar a todos los tripulantes para que acudieran a sus puestos. Los marineros subían por las jarcias del palo trinquete, el mayor y el de mesana, prestos para maniobrar o desplegar más trapo, los artilleros se apresuraron a preparar los cañones: pajes y grumetes, a las órdenes del condestable, traían los cartuchos de pólvora desde los paños de la bodega, los tacos, los espeques, los escobillones y los cubos de agua. La cubierta de la batería fue despejada de cualquier obstáculo para que los artilleros pudieran desenvolverse con libertad. Se esparció arena por el suelo para evitar los resbalones ocasionados por la humedad de las tablazonas y en previsión de los charcos de sangre. El bote de la Isabela fue preparado para ser echado al agua en cuanto la presa estuviera a tiro y asegurada, para preservarlo del combate. Remolcado por un cable a popa de la embarcación, podría usarse para recoger de las aguas a los que pudieran caer al mar durante la acción y ayudar a los carpinteros a realizar las reparaciones que fueran necesarias cuando se recibieran impactos en el casco.

—¡Don Miguel! —comenzó a pronunciar Diego al ver subir por la escotilla al segundo de a bordo.

—¡Tranquilo, Diego! Ya me hago cargo. Vaya usted junto al capitán por si le necesita, y trate de aprender —dijo guiñándole un ojo.

—¡A la orden!

El segundo comandante de la corbeta acabó de subir a la cubierta componiéndose el uniforme y calándose el tricornio. Equipado con sable al cinto pasó a ocupar su lugar a proa, en la parte opuesta a la del capitán. Esto era lo ordenado para evitar que el fuego enemigo matara a la vez a los dos mandos principales del barco. Si el capitán moría o tenía que dejar su puesto por estar herido, entonces el segundo ocupaba su lugar en la toldilla, y así sucesivamente iría corriendo la cadena de mando cuanto fuera necesario...

1.1

La embarcación que salía de la costa cubana se apresuró a desplegar velas y huir como una liebre en cuanto sus serviolas se percataron de lo que se les venía encima. La Isabela efectuó un cañonazo de advertencia por barlovento e izó la bandera con el escudo real y el gallardete, signos inequívocos de que se trataba de un navío del rey, requiriendo así al velero para que detuviese su marcha para ser inspeccionado, pero este hizo caso omiso y no hubo más remedio que seguir su rumbo con mucha perseverancia. Tras seis horas de persecución la distancia entre el cazador y la presa se acortó lo suficiente para apreciar algunos detalles del oponente. Se trataba de un bergantín-goleta de dos palos y bauprés, mercante: trinquete aparejado con velas cuadradas, además de foque y estay sobre el bauprés y el mayor con vela áurica. No estaba desarmado, pues tenía portas para catorce cañones, probablemente de a cuatro libras. Su casco era algo más estrecho que el de la Isabela y ligeramente menos alargado. Debía desplazar unas doscientas toneladas o más y era ligera, muy ligera. Aún con todo el trapo desplegado, arriesgando mástiles, vergas y velas, a la corbeta le llevó horas acercarse a ella. A veces incluso parecía que recobraba cierta ventaja para luego volver a aproximarse en el horizonte. Desde el principio de la persecución había tomado rumbo nordeste. Directamente hacia el estrecho de la Florida, como si quisiera buscar refugio en los Cayos. Después cayó ligeramente a estribor, pero sin perder de vista el arco que formaban esas islas.

Cuando el sol de la tarde comenzó a bajar por la aleta de babor, el casco del bergantín ya era completamente visible y se podía

apreciar cómo en su alcázar varios oficiales observaban a su perseguidor. Habían probado todas las combinaciones de velas posibles para intentar ganar velocidad y escabullirse, pero la Isabela siempre conseguía uno o dos nudos más cuando atrapaba el viento. El capitán Fandiño ordenó que se repartiera una comida ligera a los hombres: algo de queso duro, pan galleta y generosa ración de vino sin aguar. Había que gestionar la mezcla de ansiedad y aburrimiento de la tripulación por las largas horas de persecución y, ahora que parecía que sería posible dar alcance al bergantín antes de que anocheciera, era prudente llenar el estómago para recuperar la energía que los hombres iban a necesitar para el abordaje.

—¡Cubierta, Unión Jack a popa! —informó el serviola desde el tope del trinquete.

—La están izando en este momento —puntualizó Diego, catalajejo en mano.

—Se dan por alcanzados y ya no les merece la pena disimular —concluyó Fandiño.

Acortada la distancia a una milla o menos del objetivo, una brigada de ocho artilleros giró con mucho esfuerzo la pieza de ocho libras más cercana a la proa por la banda de babor para su uso como cañón de caza. Los carpinteros ya habían estado colocando previamente las sujeciones para los bragueros que sujetarían la pieza cuando saltara hacia atrás en cada disparo y los palanquines con motones, necesarios para moverla y ajustarla. Diego calculó que si se le daba al disparo un ángulo de ocho grados de elevación ya era posible hacer blanco sobre el bergantín. Al menos en teoría —otra cosa era acertar a un blanco móvil a ojo siguiendo la línea de mira natural del arma, desde una plataforma también en movimiento—. Pero suponía que su capitán esperaría un poco más para dar la orden. Cuando la distancia se redujese un cuarto de milla podría comenzarse a probar la puntería. Mientras, bajo la experta dirección de un cabo de cañón, los sirvientes preparaban la pieza para el tiro. Un artillero introdujo doble carga de cartuchos de pólvora por la boca del arma. —Había que salvar

una gran distancia todavía—. A continuación, otro, utilizando el atacador, se aseguró de que se desplazaban hasta el fondo del ánima. Seguidamente, otro deslizó el proyectil, una negra bola de hierro colado de ocho libras por la oscura boca del arma, seguido de un taco de estopa, para asegurarse de que no se moviese el conjunto en el ánima con el cabeceo del barco. El cabo picó el cartucho introduciendo un punzón a través del fogón y lo cebó con pólvora fina que vertió con cuidado desde su cuerno de la pólvora. El cañón estaba ahora listo para efectuar el disparo en cuanto se diera la orden. A partir de ahora, se esforzaría en apuntarlo, manejando una cuña que permitía variar la inclinación y mandando a los artilleros moverlo levemente a estribor o a babor con los espeques, calculando a ojo las cambiantes distancias y las cabezadas que daba la proa arriba y abajo sobre las aguas. Algo más de media hora se demoró todavía la acción.

—¡Cabo! ¡Preparado para tiro al casco! ¡Directo bajo al espejo de popa! ¡Apunte a su timón! ¡A mi orden!

El capitán Fandiño se había desplazado hasta la proa, a estribor del cañón de caza, para dirigir personalmente la acción sin estorbar el trabajo de los artilleros. Diego le siguió manteniéndose a una distancia prudente de su espalda esperando instrucciones.

—¡A la orden! —dijo el cabo de cañón.

—¡Timonel, fije el rumbo sobre la popa de la presa para facilitar la puntería!

—¡A la orden!

—¡Cabo! ¡Apunten! ¡Fuego en cuanto enfile su popa!

—¡A la orden!

El cabo: pantalones pardos, camisa blanca arremangada y pañuelo del mismo color cubriéndole la cabeza desde la frente hasta la nuca, se situó tras el cañón, inclinándose sobre la caña y utilizando la longitud del tubo para hacer puntería. Desde allí, dio las últimas instrucciones a los artilleros para que lo movieran levemente a babor con los espeques mientras manejaba la elevación usando la cuña. Cuando estuvo satisfecho, se incorporó a un lado de la pieza,

esperó el momento en que el barco se estabilizaba sobre las olas y aplicó el botafuego al fogón.

El fuerte estampido, como siempre ocurría con el primer cañonazo, pilló a Diego por sorpresa. Hizo que el joven guardiamarina encogiera la cabeza instintivamente sobre los hombros, como si la bala fuera a pasarle por encima y necesitase ocultarla. Un sordo pitido interno se alojó en sus oídos y el joven apretó los dientes y comenzó a tragar saliva para compensar la presión sobre sus tímpanos. El brutal fogonazo había dejado la proa llena de un humo grisáceo que se dispersaba rápidamente en la dirección del viento. Mientras la bala todavía volaba hacia su objetivo, los artilleros iniciaban la operación de limpieza y recarga.

Una columna de agua a popa del bergantín indicó el lugar del impacto, que no hizo blanco por unos pocos pies. El mercante reaccionó girando a babor bruscamente en un ángulo de más de sesenta grados, intentando dificultar la puntería de su perseguidor o, quizás, con la esperanza de refugiarse en las pequeñas islas que ya se divisaban en el horizonte, y esperar que la llegada de la noche le permitiera ocultarse entre los cayos de la Florida y escapar.

—¡Guiñada a babor! —informó Diego, que seguía con su misión de observación.

—Que guiñe lo que quiera. Pierde velocidad en la maniobra y no le va a dar tiempo a ocultarse —comentó el capitán adivinando las intenciones de la presa.

—¡Cañón listo para el disparo! —informó el cabo.

—¡Haga fuego!

—¡A la orden!

—Cargue el siguiente con metralla! —advirtió el capitán, antes de que el cabo aplicara el botafuego.

El segundo estampido ya no encontró a Diego desprevenido. La bala rasa pasó por encima del bergantín y esta vez la columna de agua surgió por delante de su amura de estribor. Estaba sobradamente al alcance de la artillería de la Isabela.

1.2

En los minutos que se tardó en recargar por tercera vez la distancia entre los dos contendientes se había acortado aún más. Los artilleros que servían la pieza comenzaban a sudar profusamente por la actividad física. Todos se habían desprendido de sus chaquetas y trabajaban bajo el calor de la tarde en mangas de camisa. Los restos de hollín de pólvora y taco quemado ennegrecían a los hombres y sus camisas tras cada disparo.

—¡Mi capitán! —llamó el joven guardiamarina—. ¡Están facheando!

—¡Alto el fuego! Deje la pieza preparada para barrer su cubierta, cabo. Atento a mi orden para reiniciar el combate.

—¡Don Miguel! ¡Quiero la batería de babor preparada para el combate si fuera necesario! ¡Prepare el trozo de abordaje!

—¡A la orden! —contestó el primer oficial.

Efectivamente, el perseguido había arriado su bandera y estaba deteniendo su marcha, esperando para ser abordado. Colocaron las velas de manera que se contrarrestase la acción de unas con otras y el bergantín comenzó a perder velocidad inmediatamente. La Isabela cruzó su estela y se situó tras su aleta de estribor, a medio tiro de fusil; una posición ventajosa que le permitiría destrozar el bergantín con sucesivas andanadas sin que este pudiera responder al fuego. Además, la marinería de la corbeta permaneció en sus puestos, lista para reemprender la marcha si la presa intentaba huir de nuevo. El bote fue abarloado al costado de babor y marinado con un pelotón de fusileros de batallones de marina y una brigada

de marineros armados hasta los dientes: mosquetes, granadas, pistolas, hachas, sables y picas.

—¡Diego! Usted viene conmigo en el bote por si mi inglés no es lo suficientemente bueno.

Fandiño había decidido comandar él mismo el trozo de abordaje, dejando al primer oficial al mando de la Isabela.

—¡A la orden!

—¡Chacón! Si no nos dejan abordarlos o nos hacen fuego a traición, barra su cubierta con metralla. Si le da por reemprender la marcha, ordene tiro a desarbolar hasta que se detenga.

—¡A la orden, mi capitán! Estaré pendiente de la maniobra.

Al llegar el bote de la Isabela al costado del bergantín, Diego, que lo patroneaba, ordenó parar y subir los remos para abordar el barco por su lado de babor. Los hombres de la Isabela subieron a la cubierta con cara de pocos amigos, con las armas en la mano y no exentos de desconfianza. La embarcación, de nombre Rebeca, fue recorrida de proa a popa y su tripulación concentrada en la cubierta del combés, a proa del palo mayor.

Aunque no hubo signos de violencia, a bordo se respiraba un ambiente de tensión contenida. Los hombres de la tripulación y los del trozo de abordaje se miraban con desprecio y desconfianza. Todas las armas a bordo fueron confiscadas inmediatamente: pistolas y mosquetes fundamentalmente. Pero también las hachas, las picas, los cuchillos de la cocina y hasta el sable del capitán, un tal Robert Jenkins, que se mostraba muy indignado y atropellado por el trato que estaba recibiendo su barco y tripulación.

—¡Ortega! —ordenó el capitán Fandiño a uno de los suboficiales de la Isabela que formaba parte del grupo de asalto—. Baje con cuatro hombres a la bodega e informe de las mercancías que lleva.

—¡A sus órdenes!

—¡Diego! Pregunte al capitán inglés qué transporta y por qué no ha ordenado parar la marcha cuando avistamos su barco saliendo de posesiones del rey nuestro señor.

El capitán Robert Jenkins, hombre de mediana estatura tocado con peluca de pelo negro natural —el sombrero lo debía haber perdido durante el ajetreo del asalto—, vestía casaca azul larga sobre camisa blanca de cuello alto y chaleco. Aparentaba estar cercano a los cincuenta años. Nariz recta, aguileña, frente despejada y mirada altiva. Alegó que comerciaba legalmente con productos de Jamaica. Que se dirigía a Inglaterra. Que el mar era libre para el comercio y que su rey tendría cumplidas noticias de lo que estaba sucediendo en ese momento —y así continuó, en esa línea, alegando con visible enojo y malos modos que aquello era un acto de piratería, una vergüenza y un atropello, mientras el guardiamarina traducía a su capitán—.

En cuanto a la bodega, cuando los marinos de la Isabela, precedidos del sargento Ortega, subieron por la escotilla de proa, informaron de paños hechos con hilo de Flandes, vino y aceite en pequeñas cantidades. —Probablemente porque eran los restos de las utilizadas para el intercambio—. Mercancías todas ellas venidas de Europa. Cada barrica de vino, cada tonel de aceite, cada pieza de paño que llegaba a un puerto americano costaba cinco veces más que en Europa, diez veces más cuando llegaban al centro de México o al Potosí; por supuesto, ninguno de los fardos de tela o de las pipas de vino o aceite llevaba el sello de las mercancías que pasan a Indias. El resto, que conformaba el grueso de la carga, eran mercancías indígenas. Sobre todo, tabaco, azúcar y algunas pieles, con probable destino a Inglaterra o a sus colonias americanas.

—¡Diego! Le dices al capitán inglés que su barco y todo cuanto transporta es mercancía de contrabando que rompe el monopolio establecido en el año trece en el Tratado de Utrecht. Por ello queda incautado por la autoridad que me confiere su majestad Felipe V. El contador confiscará los libros de a bordo, tomará nota de todo lo habido en la bodega y lo pondrá por escrito en la correspondiente diligencia.

—¡A la orden!

—Además, la Rebeca será marinada a las órdenes de mi segundo oficial y conducida al puerto de La Habana. Su tripulación que-

da confinada en su bodega hasta que lleguemos a puerto y él, su primer oficial, su piloto y su conrtramaestre se vienen con nosotros en el bote de la Isabela.

En el año 13, tras la larga guerra de sucesión al trono de España, Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia, obtuvo el reconocimiento como rey de España y de las Indias en los Tratados de Utrecht. Gran Bretaña obtuvo en la negociación el contrato en monopolio, durante treinta años, para introducir esclavos africanos en todo el imperio español y, además, el derecho de envío de un barco anual con quinientas toneladas de mercancías para comerciar con las plazas españolas en el Nuevo Mundo. Esta concesión fue aprovechada por los ingleses para introducir productos de contrabando, al repostar este barco en alta mar con géneros procedentes de sus almacenes en Jamaica. Las quinientas toneladas se multiplicaban así sin control posible, dada la dificultad por controlar estas operaciones, por parte de la Real Armada, en los extensos territorios caribeños. Pero comoquiera que la Rebeca no era el navío de permiso, su actividad comercial era totalmente ilegal y su cargamento, contrabando.

A medida que Diego iba traduciendo las palabras de su capitán, el tal Jenkins, a pesar de saber sobradamente que su actividad era ilícita, palidecía. Tanto le debió doler lo que oía —probablemente porque suponía la ruina para él— que interrumpió la conversación y comenzó a hablar atropelladamente, elevando cada vez más el tono de voz ,alegando que el capitán Fandiño no era más que un pirata que pretendía hacerse con su carga para comerciar él con la misma, que era un abominable ladrón y un contrabandista. Que él no reconocía más autoridad que la de su rey, Jorge II de Inglaterra. Dicho lo cual, en la cubierta de la Rebeca reinó un incomodísimo silencio.

El guardiamarina dudaba en comunicar la traducción literal de lo que había dicho el inglés, conocedor del fuerte carácter de su capitán.

—Diego —dijo el capitán Fandiño rompiendo el silencio—. Quiero saber qué ha dicho este canalla, y no ahorre ni una palabra,

mi inglés no es tan bueno como el suyo, pero ya sabe que me daré cuenta.

—Sí, mi capitán.

A Diego no le quedó otra que hacer la traducción, aunque, eso sí, comenzó a exponerla lentamente para dar tiempo a que fuera digerida. Cuando terminó se hizo de nuevo un silencio espeso, tenso. La brisa soplaba ahora suave, enclamada, y la incipiente oscuridad de la noche comenzaba a llenar de sombras la cubierta del bergantín. Fandiño permaneció unos instantes en silencio, mirando fijamente al capitán Jenkins. Sus ojos se endurecieron y la piel de sus mejillas tomó un tono encarnado mientras su mandíbula se tensaba. Parecía un volcán hinchándose antes de entrar en erupción.

De lo que sucedió a continuación, Diego tendría grabada la estampa en su cabeza para el resto de sus días. Sin mediar palabra Fandiño agarró del cuello a Jenkins y lo empujó hasta el palo mayor inmovilizándolo contra el madero. Con la mano libre desenvainó del cinto un machete con el que se había equipado para el abordaje, y antes de que nadie pudiese decir nada, delante de los hombres de su tripulación y de los del trozo de abordaje de la Isabela le soltó el cuello, agarró su oreja izquierda y la cortó separándosela de la cabeza.

Jenkins profirió un alarido estridente, horroroso, que heló la sangre a todos los presentes. Se llevó la mano a esa parte de la cabeza conteniendo como podía la hemorragia. Su tez había palidificado en segundos y sus ojos, muy abiertos, mostraban una mezcla de sorpresa y terror. Sus rodillas no pudieron sostenerle y su espalda se fue deslizando por el palo hasta quedar sentado sobre la cubierta.

—¡Traduce, Hamilton! —dijo el capitán Fandiño—. Cuando lleguemos a La Habana vuestra merced quedará libre de ir y decirle a su rey «que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve».

CAPÍTULO II

LA HABANA

2

Diciembre de 1739

El alférez de fragata don Diego García Hamilton despertó en la habitación de la buhardilla de la fonda La Marinera, cuando notó que los cálidos rayos del sol mañanero, que entraban por la única ventana de la habitación, tensaban la blancuzca piel de su espalda desnuda. A su lado, sobre el colchón, dormitaba la más espléndida mulata que se había podido costear.

Incorporado sobre un codo, admiró despacio el cuerpo abundante de la mujer, deleitándose, mientras comprobaba que, a pesar de la gran cantidad de vino que había ingerido la pasada madrugada, apenas sentía resaca. Debía ser ya casi el medio día —pensó Diego al comprobar la intensidad de los rayos de sol que inundaban la estancia— y se felicitó de haberle pagado a su compañero José Carlos Gutiérrez, el de Vejer, para que le hiciese su guardia en el puerto de La Habana, donde estaba amarrada la Isabela.

Este último, al contrario que Diego, era un oficial procedente de familia hidalga, aunque venida a menos. Por ello le vino bien el dinero, que a su compañero nunca le faltaba gracias a la generosa

asignación de su padre. La paga del rey, además de escasa, siempre acumulaba meses de retraso.

No conseguía recordar el nombre de aquella joven que compartía su cama. Estaba allí desnuda como una venus trigueña, con su cuerpo regordete y flexible, sus anchas caderas, y unos grandes pechos que subían y bajaban levemente con la respiración.

Diego recorrió la anatomía de la muchacha con sus fríos ojos azules y sintió la punzada del deseo. Con veintiséis años una noche de borrachera con pocas horas de descanso no era suficiente para desanimarlo. Así que la despertó y, a pesar de las protestas —poco convincentes— de la joven, le hizo de nuevo el amor. Quería disfrutar, al menos una vez más, de la intimidad en aquella habitación, pequeña pero discreta y acogedora, aislada en el último piso de la posada, que tanto le había costado encontrar. Por otra parte, no tenía que regresar a la corbeta hasta el anochecer y había que aprovechar el tiempo...

El joven Diego no era distinto que el resto de los marineros en este aspecto. Siempre que se podía, al llegar a puerto, se dejaba que parte de la tripulación pasase un tiempo en tierra, lo que muchos aprovechaban para ir a prostíbulos y emborracharse sin medida, regresando al barco con la bolsa más ligera y en un estado, la mayoría de las veces, más que lamentable.

Apenas había tocado puerto, había acudido al burdel más elegante que pudo encontrar, acompañándolo como salvoconducto una buena bolsa de cuero llena de monedas. Aún antes de dirigirse al lupanar, como buen cristiano que era, se había sentido culpable y había recordado cómo su padre le había desaconsejado este tipo de entretenimientos por peligrosos y envilecedores. Tuvo que pagar un extra por llevarse a la muchacha del local donde ejercía. Una pequeña fortuna. Pero no importaba. Pronto volvería a embarcar y podrían pasar meses hasta que volviese a tener un momento como aquel.

Por otra parte, Diego estaba prometido a su prima Rocío, una alegre joven gaditana, muy simpática y afectuosa, de cuya fisonomía no conseguía acordarse con claridad —producto de los años

que llevaba sin verla—. Su padre y su tío Miguel lo habían acordado, y él sabía que, apenas los vientos le llevaran de regreso al puerto de Cádiz, contraería matrimonio con ella. Esta era una idea que no le desagradaba porque siempre le había parecido que su prima era muy hermosa —eso sí lo recordaba—. Era flaca y alta, su frente llegaba hasta la barbilla de Diego y tenía el pelo largo y de un castaño oscuro, brillante, formando graciosos tirabuzones que caían a cada lado de su cara. Habían pasado la infancia juntos en la casa familiar, ya que ella solo era tres años menor que él. Después el joven comenzó a navegar en compañía de su padre pasando largas temporadas fuera de su tierra. Una de las veces que Diego había regresado de un viaje a Canarias descubrió que Rocío era ya una mujer. Se acabaron así los juegos de niños con ella, cuando correteaban por las calles del barrio de la Viña, porfiando por quién llegaría antes a la playa de la Caleta. El juego del escondite en la azotea de la casa de su tío, bajo la amable mirada de su madre, que pasaba largas horas en la atalaya en forma de garita de que disponía la casa intentando divisar el bergantín del padre de Diego para ser la primera en ir a recibirlo. Sí, cuando pensaba en Rocío sentía nostalgia de su patria chica.

Tras la ventana, la ciudad de La Habana se formaba a partir del puerto y de la plaza de Armas, centro de la vida oficial y pública. A Diego aquella disposición le recordaba nostálgicamente a Cádiz y a Santa Cruz de Tenerife. Con el bullicio de sus gentes, sus iglesias, el castillo del Morro, el hospital de San Lorenzo, la Universidad de San Jerónimo, los palacios, las callejuelas, los patios, los soportales. Esa mezcla de estilos arquitectónicos importados de Andalucía, pero sobre todo de Canarias, que hacía que Diego se sintiera como en casa. Ya por aquella época era la «perla de las Antillas» con sus más de cincuenta mil habitantes. Su puerto daba refugio a las naves de la Corona y sus astilleros producían los mejores bajeles para la Real Armada gracias a las ricas maderas de la isla.

Hasta la mejor ensenada protegida de América, entre marzo y agosto, llegaban el oro, la plata de México y Perú, la lana de los

Andes, las esmeraldas de Nueva Granada, las caobas y el guayacán de la propia isla y de Guatemala, las corambres de la Tierra Firme, especias, maíz, papa, cacao, tabaco... En el puerto se formaban los grandes convoyes que la Real Armada debía custodiar en el tornaviaje hacia la península ibérica. Miles de funcionarios, colonos, aventureros y comerciantes solían congregarse en la ciudad que, a su vez, era el punto de partida para muchos en el Nuevo Mundo.

Desde la ventana de la buhardilla el satisfecho joven contempló la calle mientras se aseaba y vestía para dirigirse al puerto. Una mezcla de viviendas de varias alturas sobre un entramado de calles y avenidas en damero conformaba la bella ciudad que se desplegaba allí debajo. Las plantas bajas de la mayoría de los edificios los ocupaban una tienda o un taller y sobre esa planta se construían las viviendas con bellos balcones a la calle. Diego pensó que todavía no sería demasiado tarde para bajar a tomar algo de un desayuno tardío, y quizás un par de tragos de vino. Después, aún tendría tiempo de comprar vituallas para su despensa personal, algo escasa tras dos meses de continua navegación.

Despidió a la muchacha con un beso en sus carnosos labios, agradecido por su compañía nocturna, prometiéndole volver a verla si los vientos le traían de nuevo por la ciudad y, detrás de ella, bajó la escalerilla que le llevaba a la planta baja, a la taberna.

2.1

A bordo del navío Galicia, de setenta cañones, que acababa de anclar en el puerto de La Habana procedente de El Ferrol, vía La Española y Puerto Rico, un sacerdote jesuita se preparaba para bajar a tierra en la lancha del buque. El hombre era de mediana estatura y rozaba los cincuenta años: tez blanca y rostro anguloso; el pelo corto, cortado al cepillo y encanecido; la nariz grande, que él conseguía disimular dejándose crecer el bigote; las manos pequeñas y fuertes; y unos ojos color miel de mirada dulce que inspiraban confianza.

No le sorprendió notar el calor pegajoso que empapaba su sotana talar negra a tan temprana hora de la mañana, pues a pesar de que hacía muchos años que se había marchado de estas latitudes, aún podía recordar muchas cosas de la ciudad donde había nacido.

Don Omaro Alonso debía continuar viaje hasta la diócesis de Cartagena de Indias, donde se haría cargo del colegio que sus hermanos fundaron un siglo atrás, para mayor gloria de Dios. La escasez de vocaciones nativas en el recién reinstaurado Virreinato de la Nueva Granada forzaba a la orden a enviar continuamente expediciones de misioneros. El sacerdote quería aprovechar su paso por La Habana para hacerle un favor personal a su amigo Fabián García. En una bolsa de lona llevaba a buen recaudo correspondencia para Diego, el joven hijo de su amigo, destinado en la escuadra de guardacostas de la ciudad. Intentaría entregarla en persona porque, además, el padre del joven le había confiado una bolsa con reales para su asignación. Así, si era necesario, Omaro

pensaba demorarse algunas semanas en la ciudad para cumplir su misión. La sorpresa que llevaba consigo entre la correspondencia haría merecer la pena la espera. El sacerdote era amigo íntimo de la familia García. De hecho, había ejercido de preceptor de Diego, que lo llamaba cariñosamente padrino, y de sus hermanos Juan José y Fabian; él les enseñó a leer y a escribir y se había ocupado de sus almas. Siguiendo la doctrina de la Compañía de Jesús, siempre intentó llevarlos por el camino de la disciplina, la obediencia, la recta intención, el buscar siempre el mayor servicio a Dios...

Cuando la Compañía decidió enviarle a él al Nuevo Mundo, fue el padre de Diego quien, tocando a algunas amistades, consiguió pasaje para el sacerdote. Nada menos que en un navío de línea de la Real Armada. Con su recomendación cruzó la península hasta El Ferrol, donde el capitán de fragata don José Hordán, comandante del navío, le había permitido acompañarle en calidad de invitado tratándole con gran deferencia.

El puerto, donde se mezclaban toda clase de embarcaciones, parecía un gran bosque flotante de árboles muertos envueltos en sus jarcias. La Real Armada se estaba desplegando por las aguas americanas con el propósito de defensa de ciudades y convoyes de caudales y mercancías. El pasado mes de octubre había comenzado una complicada guerra entre España e Inglaterra. Una guerra deseada por los comerciantes y el pueblo inglés, azuzado por sus gobernantes más conservadores, cuyo principal motivo era la lucha por el control del comercio indiano, monopolio de la Corona.

Tanto los ministros de su majestad Felipe V como el primer ministro inglés Mr. Robert Walpole, habían tratado de suavizar las posiciones y evitar el enfrentamiento con la mediación del primer ministro francés, el cardenal Fleury. Pero los contrabandistas, sobre todo los de la South Sea Company, habían sabido caldear los ánimos, las pasiones nacionales más primarias, esas que conducían siempre a las naciones a la guerra. Los españoles tenían el derecho de visita de los buques ingleses en las Indias para vigilar la entrada de mercancías no autorizadas. El pasado año uno de sus capitanes,

un tal Robert Jenkins, se había presentado ante la Cámara de los Comunes con su oreja cortada y mostrada en un frasco, manifestando cómo un guardacostas español le había asaltado y robado, además de insultado al mismísimo rey Jorge II, como ejemplo de cómo se las gastaban esos papistas españoles. Un episodio que, a fin de cuentas, había ocurrido años atrás, pero ahora, convenientemente aireado y puesto en boca de la opinión pública, predisponía al enfrentamiento. Tanta fue la presión política que, finalmente, Walpole tiró la toalla, viendo la imposibilidad de evitar la guerra e hizo suya la frase: «¡El mar de Indias, libre para Inglaterra o la guerra!».

La lancha del Galicia maniobraba entre los buques que atestaban la bahía, mandada por un guardiamarina. No todos los bajeles estaban amarrados al muelle, por ser este insuficiente para acogerlos a todos. Algunos permanecían fondeados al ancla en la ensenada. El sacerdote hacía un esfuerzo por distinguir el nombre de cada uno de los barcos con los que se cruzaban camino del embarcadero. Pintado o gravado en la madera de la popa de las embarcaciones, bajo la balconada, pudo leer varios de ellos: Santiago, Europa, Dragón, Concepción, Aurora, Hércules. Aunque también le fue imposible descifrar el de otros navíos, por el deterioro que presentaba su pintura o sus maderas. Sabía que Dieguito estaba destinado en una corbeta, pero él no entendía bien la diferencia entre un navío, una fragata, una corbeta, un pingüe o un paquebote.

—¡Joven! —llamó don Omaro dirigiéndose al guardiamarina—. ¿Cómo puedo saber si la corbeta Isabela está en La Habana? He de encontrarme con un familiar.

—No se preocupe, padre. Como puede ver, todos los navíos están a la vista. Cuando lleguemos al muelle yo mismo le acompañaré hasta la autoridad portuaria para que se informe. Si está en el puerto, averiguaremos cuál de esos barcos es la Isabela.

Diez minutos más tarde encontraron un hueco donde amarrar el bote y bajar a tierra. Omaro respiró hondo, rezó una oración rápida y se santiguó al pisar el suelo firme de su patria chica. No-

taba cómo su corazón se aceleraba por la emoción del regreso. Un regreso tardío a un lugar que ya no era el suyo. Sus padres hacía tiempo que habían pasado a mejor vida, y apenas recordaba el nombre de algunos vecinos de la calle donde se crio. Todo aquello fue mucho tiempo atrás, antes de responder a la llamada de Dios y comenzar el largo camino de instrucción necesario para ingresar en la Compañía de Jesús. Si tenía tiempo, antes de reembarcar, iría a la iglesia de San Agustín, en cuyo osario reposaban los restos de sus progenitores. Allí rezaría por la salvación de sus almas, como ya hacía cada día desde hacía muchos años.

No lo había pasado muy bien en el viaje. Se sabía que una escuadra con nueve navíos, al mando del almirante Chaloner Ogle, vigilaba las costas gallegas. Los navíos Galicia y San Carlos, de setenta cañones, se habían hecho a la mar el dieciséis de octubre, cuando ya las relaciones eran muy tensas, y de haberse encontrado con los ingleses, la guerra habría empezado allí mismo. Por fortuna el capitán, don José Hordán, había elegido una derrota alejada de las rutas habituales para evitar el encuentro, dado la importante autoridad que viajaba con ellos en el Galicia, cuya presencia en el Nuevo Mundo iba a ser decisiva en los próximos meses.

En el muelle, entre las mercancías, los carrromatos y los animales de carga, había una gran muchedumbre, mezcla de marinos, soldados, comerciantes, mujerzuelas y esclavos negros, que formaba una masa heterogénea. El guardiamarina que le había traído hasta el muelle le acompañó al encuentro del práctico. Lo encontraron después de caminar unos cinco minutos por el borde del muelle cuando el mismo se apeaba de su falúa.

—¿La corbeta Isabela? Esta de suerte, padre, es aquella que está amarrada al final del muelle, detrás del navío Santiago.

—Muchas gracias, hijo, a los dos —dijo dirigiéndose a sus dos auxiliares—. No los molestare más, ya puedo ir yo solo hasta allí.

A bordo de la Isabela don Alonso Gutiérrez de Cisniega, alférez de fragata, charlaba amigable y estérilmente con el condestable

sobre lo que se debía o no haber hecho el pasado veintitrés de octubre, cuando el comodoro Brown atacó La Habana con seis navíos y varias fragatas, bombardeando primero el castillo de Cojimar y apresando varias embarcaciones en la bahía.

—Yo ya sabía que esos hijos de puta no se conformarían con el navío de permiso —afirmaba el condestable refiriéndose al navío inglés que navegaba en la flota de galones con permiso para comerciar con mercancías propias y que se sabía que era repostado en alta mar fraudulentamente desde Jamaica por otras embarcaciones, con lo que se multiplicaba hasta por diez la carga con la que comerciaba.

—Sí —observó el oficial—, pero aun sabiendo cómo se las gastan esos codiciosos, hemos pecado de incautos, sobre todo cuando entraron al amanecer por el puerto, enarbolando la bandera española, para luego dar una guiñada y descargar miles de libra de hierro sobre nosotros.

—Venían en busca de los caudales del rey, puede usted estar seguro. Por suerte el gobernador, don Juan Francisco de Güemes, ha sabido multiplicarse para evitar que prosperaran los desembarcos.

—Cierto, y lo que más me ha sorprendido ha sido el arrojito de las milicias cubanas. Ya sabe usted que los criollos siempre han estado molestos con el monopolio que les impide comerciar libremente.

—Sí, ya sé que únicamente se puede comerciar con Cádiz. Y que un simple barril de aceite cuesta seis veces más que allí al llegar a esta isla. Pero también es cierto que esta guerra les conviene.

—¿Qué quiere decir?

—Que su majestad concederá numerosas patentes de corso, con las que muchos armadores incrementarán su fortuna. Y, por otra parte, ¿quién querría ser inglés?

—Seguro. Son de naturaleza pendenciera y me temo que siempre estarán rondándonos como buitres buscando nuestro momento de debilidad.

—¿Ha tenido vuestra merced la oportunidad de conocerlos de cerca?

—La verdad es que no, nunca, pero seguro que no son muy diferentes que el fantasma.

Los dos rieron de buena gana la ocurrencia del condestable, a pesar de la falta de respeto que conllevaba hacer burla del compañero de don Alonso, el joven Diego, al que todos a bordo llamaban a escondidas el *Fantasma*; tal era la blancura de su piel que a veces, cuando el sol le daba de lleno, allí en la cubierta se podía ver su áurea, y a través de su cuello casi transparente, se apreciaban las pequeñas venas azuladas que subían hacia la cabeza. De no ser por el pelo rubio rojizo que poblaba salvajemente su cabeza humanizándole, algún que otro marinero supersticioso habría saltado por la borda al verlo aparecer en la guardia de madrugada.

—¡Silencio en la guardia! —ladró el segundo de a bordo—. ¡Alonso! ¿Es que no ve usted que hay un hombre haciendo señales desde el muelle?

—Lo siento, señor, enseguida me acercaré a comprobarlo.

La Isabela estaba amarrada a la banda de babor del Santiago. Una pasarela permitía subir desde la corbeta hasta el navío para, atravesando el mismo, descender al muelle por otra pasarela. La corbeta parecía así una hija de la mano de su madre. Allá en el muelle, junto a la roda del navío Santiago, don Omaro se esforzaba en llamar la atención de los tripulantes de guardia de la corbeta, que al ser más baja que el barco al que estaba abarloada, estaba casi oculta de proa a popa.

—Buenos días, padre, ¿en qué puedo ayudarle? —el alférez Alonso se había desplazado hasta el muelle apresuradamente, y llegaba sin resuello hasta donde estaba el sacerdote.

—¡Gracias a Dios, hijo! Llevo un rato intentando hacerme notar. ¿Es esa embarcación la Isabela?

—En efecto, esa es, al mando del capitán Juan de León Fandiño. ¿Le busca usted a él?

—¡Oh!, no. En realidad pregunto por don Diego García Hamilton. Es un joven como usted, más o menos.

—¿Con aspecto de inglés?

—Ya veo que le conoce. ¿Puedo subir a entrevistarme con él? Traigo noticias de su familia, desde Cádiz, y correspondencia para él. Soy su padrino de bautizo.

Don Alonso cambió el gesto sin quererlo al oír aquello.

—Me temo que no está en la corbeta, desembarcó ayer con permiso y no regresará hasta esta noche.

—Pero sabrá indicarme dónde se aloja, ¿verdad, hijo?

El sacerdote hablaba en un tono dulce y muy persuasivo mientras fijaba su mirada en el compañero de Diego, directamente a sus ojos, haciéndole dudar a su interlocutor de indicarle o no el lugar donde sabía que se encontraba el joven.

—¿Acaso está enfermo? —insistió el religioso, para no darle tiempo a pensar.

—No lo creo, padre —dijo por fin el joven mirando al suelo—. Si sube usted hasta el barrio viejo y pregunta por la fonda La Marinera le podrán dar razón de él. Es una edificación de tres alturas, con una taberna a pie de calle y una estancia arriba, una buhardilla. No recuerdo el nombre de la calle.

—Gracias, hijo —dijo don Omaro mirándolo con perspicacia—. Imagino que si ese fuese un lugar decente, no le habría dado tantas vueltas para decírselo a un sacerdote.

El oficial enrojeció levemente de vergüenza y bajó la cabeza sin decir nada. Tenía hasta la noche para pensar en una excusa que darle a Diego por haber revelado su posición.

—¡Que Dios te guarde! —dijo el sacerdote zanjando el asunto y despidiéndose—. Pareces buena persona, pierde cuidado. No le diré a ese pecador de mi ahijado que me indicaste cómo llegar a él.

2.2

Diego apuró el enésimo trago de aquel brebaje al que llamaban vino, al que se estaba aficionando peligrosamente, y dejó caer unas monedas sobre la barra. La parte baja de la fonda La Marinera era un comedor abierto a la calle, de aspecto sucio y lóbrego. Pero el joven no había pedido nada para comer. Completamente ebrio, se encaminó a la puerta intentando caminar recto, cruzándose al salir con un marinero al que creyó reconocer. Este, acompañado por una joven con aspecto de ramera, se apresuró a sentarse en una mesita al fondo del local, evitando cruzar su mirada con la del alférez.

Cuando llegó a la estrecha puerta de la calle, con la tez enrojecida por el efecto del alcohol y con pasos pesados y torpes, se apoyó unos instantes en la jamba de la derecha, tapándose los ojos con la palma de la mano. La intensa luz dañaba sus claros ojos azules como cuando estaba en alta mar. Se recompuso el uniforme, se caló el sombrero y salió a la calle. Pensó que el claro color del iris de sus ojos no estaba hecho para resistir tanta luz, menos aún ahora, por el estado de abatimiento provocado por la bebida. Dio unos pasos vacilantes, ya fuera del local, y se sintió tan mareado que, apoyándose en la pared del edificio, se fue escurriendo hasta el sucio suelo hasta quedar en cuclillas. En esta posición y apoyando una mano en el suelo, el joven vomitó buena parte de lo que había ingerido en la última hora mezclado con bilis y sangre.

—¡Por la Virgen Santa que debería darte vergüenza! —dijo una voz a su espalda.

El joven se incorporó lo más rápido que pudo con la intención de ofender al que fuera que se atrevía a dirigirse a él en tales términos. Pero como resultado de su rápido levantamiento se le nubló la vista, y durante unos segundos solo vio unas lucecillas de un amarillo brillante alrededor de una nube borrosa e indefinida delante de él.

—¡Debería sacudirte la parte baja de la espalda con una vara por haberte puesto en tan lamentable estado! ¡Como cuando eras niño!

La voz le era extrañamente familiar, mas, como no estaba su cerebro para reconocimientos y no conseguía enfocar la vista en aquellos primeros segundos, decidió atacar a aquel bulto negro informe lanzándole un puñetazo con el brazo izquierdo mientras la mano derecha iba torpemente a la daga que llevaba al cinto.

—¡Gracias a san Ignacio tu madre no está aquí para ver esto!
—dijo don Omaro esquivando la embestida del joven.

El sacerdote se encogió y el brazo de Diego, que era dos palmos más alto que él, pasó por encima de su cabeza. A continuación, se impulsó hacia delante y ágilmente le metió el hombro con contundencia justo debajo del esternón, en la parte alta del estómago, dejándolo sin respiración y haciendo que se doblara sobre sí mismo como una alcayata. Diego cayó de espaldas al duro suelo y perdió el poco conocimiento que le quedaba.

Era lastimoso para Omaro ver así a su antiguo pupilo, tirado en la calle cuan largo era delante de una taberna, con su mejor uniforme manchado de vómitos. Lo agarró de la pechera y tiró de él para incorporarlo y pasándose un brazo del joven por encima del hombro cargó con él y se lo llevó de aquel lugar impropio.

Cuando el joven guardiamarina abrió los ojos más tarde, se halló dentro de un carruaje. Pudo reconocer por fin, con sorpresa, a don Omaro. El sacerdote le sujetaba la cabeza entre las manos y cuidaba que no se golpeará con el traqueteo de la calesa que había alquilado para llevar a su ahijado.

—Hemos llegado, padre —dijo el cochero girando la cabeza por encima de su hombro izquierdo.

—Bien, hijo, ayúdeme a bajarlo.

Entre los dos ayudaron a Diego a bajar del coche y con cuidado le dejaron sentado, recuperándose en uno de los bancos de piedra de aquella plaza, mientras don Omaro regateaba el precio de la carrera con el joven cochero mestizo.

—Padrino, no sabe lo mal que me siento porque me encontrara en esta situación —dijo el joven al sacerdote cuando el carruaje se alejó, arrastrado por un poderoso percherón que parecía un caballo de batalla de la Edad Media.

—No sé qué hace usted aquí —añadió el joven con los ojos llenos de lágrimas, mezcla de vergüenza y arrepentimiento—. Pero seguro que Dios le ha enviado a buscarme.

El sacerdote no hablaba, se limitaba a mirarle y dejar que el joven se juzgara a sí mismo, dejando que sintiera el peso de la vergüenza durante unos instantes.

—Traigo noticias de tu familia, Dieguito. Hablaremos de ellos y te daré unas cartas que tu padre me encargó, así como una bolsa con monedas que no mereces. Mas no pienses ni por un instante que me voy a olvidar fácilmente del lugar y el estado en que te he hallado... De eso también hablaremos más tarde.

—Sí, padrino —el joven lo miró con tristeza, como un perro apaleado—. ¿Cómo están mis padres y mis hermanos?

—Tus hermanos Juan José y Fabián siguen navegando con tu padre. Igual que hacías tú hasta que decidiste unirse a la Real Armada. Tu hermana Elizabeth es la única compañía y consuelo de tu madre cuando ellos salen a realizar alguna expedición comercial. El día que esa muchacha se case tu madre se va a quedar muy sola.

—No lo creo, padre —interrumpió Diego—. Para entonces ya verá cómo el aventurero que es mi padre pone pie a tierra. Ya debe tener cerca de cincuenta años.

—Si es la mitad de cabezota que tú, morirá navegando. Mientras tu madre se consume en la atalaya de la azotea contemplando el muelle inútilmente. ¿Sabes por qué te he traído a este lugar?

—No, padre, ni siquiera sé dónde estoy —dijo mientras giraba la cabeza en derredor, abarcando la plaza y el castillo de muros blanqueados por el sol que tenían enfrente.

—Pues atiende a la historia que te voy a contar. Porque espero que te sirva para que reflexiones sobre tus actos de hoy.

El sacerdote comenzó con su relato. Le contó que estaban sentados en la plaza de Armas, frente al castillo de la Real Fuerza, primera gran fortificación de la ciudad, situado frente al canal de la bahía y en cuya torre noroeste se erguía una figurilla femenina a la que los habitantes de La Habana llamaban «La Giraldilla», en honor a su parecido con su homónima sevillana. Esta representaba a una bella joven de pie y con la falda recogida sobre una de sus rodillas.

La fina escultura de bronce resplandecía bajo la luz del sol del mediodía— observó Diego— mientras su silueta se recortaba contra el azul del cielo, exento de nubes aquella mañana.

—La muchacha metálica oteaba el horizonte, hacia el mar, esperando la llegada de su amado —explicó el sacerdote.

—¿Por qué me cuenta esto, padre?

—¡Quizás, si me dejas terminar, podrás comprender algo! ¡Cabeza de alcornoque! —dijo con cariño.

El sacerdote continuó relatando la historia: una leyenda de amor cuenta que don Hernando de Soto fue nombrado por el rey Carlos I en el año 1538 capitán general de Cuba y adelantado de la Florida. De Soto partió del puerto de Sanlúcar con diez naves y más de mil hombres, con los que atravesó el océano. Luego de tomar posesión de su cargo en Cuba, dejó a su mujer, doña Isabel de Bobadilla, como gobernadora de esta gran isla y partió con sus hombres a la península de la Florida, desembarcando por la bahía de Tampa. Atravesó aquellos territorios de sur a norte y descubrió el río Misisipi.

En aquellas tierras, tuvo contacto con algunos caciques que le informaron sobre la existencia de la fuente de la juventud, manantial mítico cuyas aguas, supuestamente, curan y devuelven la juven-

tud a quien se bañe en ellas o las beba. Podría encontrar la misma si se adentraba en el río —le dijeron—. Enloquecido, De Soto se dedicó a recorrer el río buscando la fuente, inspeccionando cada afluente, arroyo, laguna, estanque o manantial, hasta que enfermó de fiebres y encontró la muerte.

Doña Isabel esperó a su ambicioso esposo horas enteras durante años en la torre de vigía del castillo de la Real Fuerza, residencia del gobernador de Cuba. Allí murió consumida de amor mientras oteaba el horizonte e intentaba descubrir más allá del alcance de la vista las naves que traerían a su marido de vuelta al hogar.

—Por ello, esa estatua que ves representa el amor conyugal y la esperanza. Si esperas algún día disfrutar del amor verdadero no lo hallarás en un lugar como en el que te encontré hace unas horas. Y si algún día lo encuentras, no debes partir en busca de El Dorado y dejar atrás algo que puedes no volver a encontrar. Como le sucedió a De Soto y como, sin duda, le puede suceder a tu padre si sigue tentando a la suerte.

—Reflexionaré sobre ello, padre.

—Reflexionarás mejor cuando hayas ingerido algún alimento y puedas volver a caminar con algo de dignidad. Busquemos alguna taberna para almorzar y cuando estés un poco mejor te dejaré la correspondencia. Además de una sorpresa que traigo conmigo —dijo el jesuita en tono enigmático.

De camino al puerto encontraron una taberna al principio de una angosta callejuela que parecía bajar en línea recta. El canario que la regentaba les sirvió moros y cristianos mezclados con chicharrones y una lasca de pata de cerdo asado. A Diego le costaba comerse aquella mezcla de arroz y frijoles negros después de haber maltratado sus tripas con el vino del país. El calor húmedo del mediodía tampoco ayudaba a bajarla; pero la grasienta carne le hizo bien a su estómago y notó que poco a poco recuperaba las energías, desaparecían las náuseas y volvían los ánimos. Don Omaro no le había dejado beber ni una gota de vino con la comida y se tuvo que conformar bebiendo agua. El joven no recordaba cuándo fue

la última vez que bebió solamente agua. En la armada se servían las comidas con vino: un litro de vino al día por hombre, complementado por una porción de aguardiente, en algunos casos. Eso mantenía el ánimo en el mar y hacía disminuir drásticamente el número de motines. Como postre les sirvieron coco dulce y queso fresco, siguiendo la costumbre cubana de mezclar lo dulce con lo salado.

Diego estuvo bastante abstraído durante el almuerzo; no se atrevía a mirar a los ojos al sacerdote. Esperaba que él le hablara de su familia, pero no rompía el hielo, su carácter introvertido y lo sucedido por la mañana le sujetaban la lengua.

—Dieguito, aquí tienes la correspondencia —dijo don Omaro cariñosamente, tendiéndole un abultado sobre que sacó de su bolso de viaje.

El joven abrió el sobre apresuradamente bajando la cabeza e inspeccionando el contenido.

No pensaba ponerse a leer allí mismo su correspondencia, delante del sacerdote. Aunque sabía que él tenía paciencia para esperar. La guardaría para leerla en la intimidad de la cabina o durante alguna de sus guardias de puerto, cuando le sobraría el tiempo y disfrutaría de una cómoda soledad. Pero sí clasificó su contenido. Su padre le enviaba cuatro hojas manuscritas por ambos lados y al final firmaba como si le estuviese remitiendo un contrato comercial. Su madre se había esforzado y le mandaba nueve hojas de estilizada letra que no necesitaban firma, porque Diego conocería aquella forma de escribir aunque se la mezclaran entre mil distintas. Admiraba el esfuerzo que hacía su madre para escribir en español, ya que él lo habría comprendido igualmente si lo hiciera en el inglés que ella misma le había enseñado desde niño. Pero doña Elizabeth siempre se había esforzado por integrarse en la sociedad gaditana.

—¿Esto es todo, padre?

—¿Esperabas algo más?

—Bueno... —dijo el joven dudando—. ¿No hay nada de Rocío? El sacerdote apretó los dientes y le miró fijamente.

—Tu prima no ha consentido en enviarte ninguna misiva.

—¿Qué quiere decir?

—No te preocupes, nada ha cambiado. Y, desde luego, en cuanto vuelvas, ella será tu esposa. Es lo más conveniente. Pero has de entender que es muy joven, está sola y, aunque te quiere como un hermano, no ha sabido aceptar aún que pronto serás algo más importante que eso. He visto estos casos cientos de veces. Sobre todo, cuando la distancia y el tiempo se entrometen en el amor que deben profesarse unos prometidos.

—¿No quiere ser mi esposa? —inquirió Diego, que nunca había considerado esa posibilidad.

—Yo no me preocuparía por ello. El tiempo, como te he dicho, pasa a un ritmo distinto para hombres y mujeres. Eso confunde a las mujeres jóvenes cuando comienzan a temer dejar de serlo. Tienes que entender que el hecho de que estés tan lejos fomenta la desesperanza. Por ello, en estos casos, una muchacha acaba por no saber apreciar lo que es mejor para ella. Pero, al fin, acabará siendo una buena madre y esposa. Tu esposa. Los dos sois de buena familia y cristianos viejos. Hasta tu madre lo es a pesar de su procedencia extranjera —dijo santiguándose.

Diego no sabía qué pensar. Aquella noticia le contrariaba. ¿Se habría cansado de esperarle? Desde luego hacía casi tres años que no se veían y en su última estancia en Cádiz apenas pasaron unos días juntos antes de que Diego reembarcase. Quizás debieron casarse entonces, antes de volver a Indias, obviando el preceptivo permiso de la Real Armada para hacerlo. Conocía a otros oficiales que lo habían hecho así, arriesgándose a quedar paralizados en el escalafón. Podía incluso haberle acompañado a su destino en las Antillas. Muchos marinos profesionales daban el paso y trasladaban a sus mujeres e hijos a sus destinos al otro lado del Atlántico. Siempre pensó que su prima había aceptado —igual que él— el mandato familiar. Que como hija y nieta de marinos no tendría dificultad en esperarle cada vez que tuviera que embarcarse. Pero ahora se sentía rechazado y eso le hacía sentirse inseguro.

—Quizás si tu comportamiento fuera más acorde con las enseñanzas de buen cristiano que has recibido desde la infancia, Dios la ayudaría a cambiar de idea y a mirarte de otra manera.

—Vamos, padrino, ella no puede... —comenzó a decir, arrepintiéndose inmediatamente.

—Quieres decir que no puede ver lo que has hecho hoy —dijo el jesuita—. Pero te aseguro que Dios sí puede verlo y es él quien pone a cada uno en el sitio que se merece y tú por el momento no la mereces a ella.

Los razonamientos del sacerdote siempre habían desarmado a Diego. Parecía que tenía siempre una respuesta para todo lo que pudiera pasar en la vida; que había un orden en los acontecimientos que, aún sin depender del todo de la voluntad de las personas, sí dependía de sus buenas o malas acciones e intenciones y que la suerte favorecía a las personas de buenos sentimientos que tenían fe.

—Mañana voy a celebrar una misa al amanecer en la cubierta del Galicia, por deferencia de su capellán. Esta noche la pasarás rezando y antes de asistir a la eucaristía te oír en confesión.

—No voy a poder hacer eso, padre —contestó contrariado el joven—. Tengo guardia en la Isabela esta noche y no sé cuándo nos van a ordenar zarpar.

—No te preocupes, ya te dije que tenía una sorpresa para ti que tus superiores me han permitido traerte en mano.

Don Omaro guiñó un ojo al joven y sacó de su bolsa un segundo sobre que mostraba un elaborado grabado de escudo con la corona real y cuatro anclas equidistantes, que formaban un cuadrado imaginario, que envolvía el escudo del rey. A Diego se le abrieron los ojos de par en par, dejando la boca a medio abrir. Sin poder articular palabra cuando, al instante, comprendió lo que era aquello.

Con mucho cuidado —para no rasgar el papel— el joven rompió el sello de lacre que lo cerraba y extrajo su contenido que, entre otras cosas, decía:

Ordenanza Militar de Marina. Dedicado el Smo. D. Phelipe de Borbón, infante almirante general de todas la Fuerzas Marítimas de S.M., hecho por el jefe de Escuadra D. Juan José Navarro en Cádiz, año 1739.

Por la presente se aprueba el pase al Cuerpo General de mi Real Armada con el empleo de alférez de navío de D. Diego García Hamilton en atención a sus méritos y servicios requiriéndole para que se embarque en la escuadra de D. Blas de Lezo y Olavarrieta...

Diego no pudo seguir leyendo, se le iluminó el rostro y se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja. La guerra y la escasez de oficiales en la Real Armada comenzaban a dar sus frutos. Durante el reinado de Felipe V la organización de la Armada se había ido complicando a medida que crecía el poder marítimo de España, adaptándose la organización francesa a la misma, con casi los mismos empleos que en ella. El joven esperaba que la guerra le permitiera saltar los escalones que las dudas sobre su falta de nobleza podían impedirle. Por el momento, parecía que las pruebas de hidalguía se daban por superadas.

Todos los profesionales daban mucho valor al ascenso y sabían que los periodos entre guerras restaban alicientes. Diego pensaba que estaba preparado para tener mando. Conocía su profesión; sabía situar la posición de su barco en cualquier momento, dirigir la maniobra como un contra maestre, marcar las cartas náuticas, revisar la contabilidad, dirigir el fuego de la batería...

—Ya veo que te has llevado una alegría —comentó don Omar, que se había contagiado de la sonrisa de Diego.

—Sí, padre; ser alférez de navío es una gran noticia, porque al estar en tiempos de guerra se me presenta la oportunidad de hacer méritos para pasar al siguiente empleo, con la ayuda de la suerte y de la aprobación de mis superiores. Ya sabe que mi familia...

—Sí, hijo, ya conozco las complicaciones.

—Los ingleses pueden llegar así a ser almirantes, su formación es totalmente práctica; hasta capitán de navío se llega por méritos y a partir de ahí, por riguroso orden de antigüedad, uno puede llegar

a lo más alto... si no se muere. Ellos no venden los cargos y tienen una gran consideración a los méritos.

—Por suerte tu padre no puede oírte ahora —dijo el sacerdote—. Él aún espera que te licencies y te encargues del negocio familiar.

—Vuestra merced lo ha dicho. Por suerte no puede oírme.

—La verdad, no lo entiendo, Dieguito. Si aspiras al mando de un navío, ¿por qué no ejerces el de uno de los bajeles de tu padre?

—No es lo mismo, padrino, ya sé que usted no lo entiende, pero, por favor, no me llame Dieguito. Al menos no lo haga delante de la tripulación.

—Está bien —aceptó el jesuita—, vamos. Te acompañaré hasta la Isabela para que recojas tus pertenencias y te despidas de tus compañeros. Haremos el viaje hasta Cartagena de Indias juntos. Allí está el destino de la escuadra de don Blas de Lezo.

—Es usted increíble, padre. ¿Cómo sabía lo que decía el sobre del Almirantazgo? ¿Y que don Blas va a permanecer en Cartagena? ¿Y que el Galicia se dirige allí y su capitán consentirá en llevarme?

—Con la ayuda de Dios, por supuesto... Y de las amistades navales de tu padre.